

PRESENTACIÓN

María Zambrano, discípula de Ortega y Gasset

1. Gómez Blesa, M., *La razón mediadora. Filosofía y Piedad en María Zambrano*, Burgos, Gran Vía, 2008, pág. 291, aunque, estableciendo la diferencia con Unamuno, añade la observación más discutible de que este medirse con su maestro lo lleva a cabo «en un intento denodado por matar al Padre».

2. O.c., pág. 190.

3. Moreno Sanz, J., «Guías y constelaciones», en *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*, Madrid, Residencia de Estudiantes/Fundación María Zambrano, 2004, pág. 211.

4. Cerezo Galán, P., «Los maestros de María Zambrano: Unamuno, Ortega y Zubiri», en *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*, ed. cit., pág. 191.

5. O.c., pág. 194.

6. Ibid.

La relación entre María Zambrano y Ortega, al que siempre consideró su «maestro», es posiblemente uno de los temas más tratados por los estudiosos de la autora.

El círculo de Ortega es el medio en el que Zambrano descubre su vocación filosófica y entra en contacto con autores que serán sus primeros, y en muchos casos permanentes, interlocutores, con temas y problemas que marcan su formación, con un modo, en fin, de proceder que es el germen de lo que será su estilo como pensadora. Sin duda, como se nos recordaba no hace mucho, «Ortega es el autor con quien Zambrano se enfrenta y distancia en cada uno de sus escritos»,¹ de modo que no es fácil «desechar el tópico» de su discípulo,² y quizá tampoco sea deseable hacerlo.

Entre quienes fueron sus maestros la figura de Ortega adquiere un protagonismo singular, a partir de 1925 especialmente, como aquel a quien «reconoció y fue fiel toda su vida», si bien, como apunta Jesús Moreno, «en el lugar y estrato que le corresponde».³ ¿Cuál es este lugar? Un lugar, sin duda, en el que la fidelidad al maestro se conjuga con la fidelidad a sí misma. No se trata, pues, de animar una enésima reflexión sobre las relaciones entre ambos autores o una discusión más entre investigadores. Las perspectivas en las que enfocar la cuestión se multiplican indefinidamente y son indefinidos también los nudos teóricos, e históricos, a los que atender. Pero queda abierta a nuevos intentos la tarea de aproximación a ese plano —que no es solo el de las influencias teóricas, el de las deudas intelectuales, el de las diferencias políticas o biográficas...— en el que las fidelidades se aúnan.

Como ella misma nos dice, Ortega fue el maestro que «no la veía», juzgándola tal vez perdida «en honduras metafísicas que rayaban en la mística» o temiendo que «se le descarriase en la literatura»;⁴ posiblemente, tampoco la podía ver; la vocación de transparencia, que ambos comparten, se modula desde el inicio, como explica magistralmente Pedro Cerezo, de un modo diferente, que enfrenta la «claridad del concepto» a la «claridad naciente que se enciende en la oscuridad».⁵ Por eso, dirá Cerezo, «María Zambrano está literalmente sola en su camino».⁶ Por eso también, y sin embargo, no será, según su propio testimonio, «ni orteguista, ni orteguiana, sino discípula de Ortega».

Para María Zambrano, ya desde sus años de formación, «nadie enseña a nadie filosofía»;⁷ la tarea del maestro se concreta en «un empujón dado, no a la mente, sino al ser íntegro del discípulo» a fin de que «abandone ese resbalar lento con que la mente no filosófica pasa sobre las más dramáticas cuestiones» haciéndole caer en la cuenta «de un problema o núcleo de problemas [...] de la situación última en que el hombre se ve forzado a filosofar».⁸ Su condición de discípula no le impide, sino al contrario, reconocer las fronteras de la «razón vital», con la que Ortega se acerca, o pudo acercarse, al «centro viviente en el interior de la vida» que a ella le interesa, fronteras que, sin embargo, le obligan a detenerse, de modo que esa detención, su «positivismo de la razón»⁹ en expresión zambraniana, es justamente lo que le caracteriza.

El «positivismo de la razón», que se concreta en la filosofía entendida como «pensamiento preciso, claro y riguroso», en un «estilo mental sobrio y estricto» que huye «del misterio que nos lleva de lo oscuro a lo tenebroso», encontrará su alternativa en el «logos sumergido», germen de una razón que «integra la palabra poética».¹⁰ Es cierto que los dos autores se sitúan en distintos «orbes»,¹¹ demasiado distintos para pensar en una relación de discipulado al uso, pero posiblemente convenga seguir reparando en esta diferencia que parece encerrar la clave de la recreación zambraniana de las enseñanzas de su maestro.

Carmen Revilla Guzmán

7. Zambrano, M., «Ante la *Introducción a la teoría de la ciencia*, de Fichte», en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 2000, pág. 196.

8. O.c., pág. 193.

9. M-415.

10. Cerezo Galán, P., «Los maestros de María Zambrano», ed. cit., págs. 191-195.

11. Andreu, A., «Anotaciones epilógicas a un método o camino», en Zambrano, M., *Cartas de La Pièce (Correspondencia con Agustín Andreu)*, Valencia, Pre-textos, 2002, pág. 341: «María Zambrano se colocó muy pronto en su orbe, muy pronto; por naturaleza y por crianza. La Academia Complutense, con todo su esplendor y prestigio de entonces, no pudo sacarla del mismo. A su Maestro (Ortega) se lo encontró situado en otro orbe, en el *de este mundo* y los Diarios, el de la historia de cada día...».